

**Pregó de Santa Tecla 1989,  
per Hugh Thomas**

## PREGÓ

### GRAN BRETAÑA, CATALUÑA Y ESPAÑA, EN LA EUROPA DE LOS NOVENTA.

Voy a hablar hoy de Europa. Lo hago con cierta resistencia. En parte porque ya he hablado muchas veces de Europa y en parte porque también lo he hecho en Cataluña, aunque no en esta maravillosa ciudad por la que siento un gran respeto e incomparablemente honrado al haber sido invitado para esta gran ocasión.

Mi aparente poco interés para hablar de Europa proviene del hecho de que los grandes acontecimientos están ocurriendo en otros lugares del mundo. Pensamos en el Imperio Soviético que últimamente está surgiendo, y en naciones y gentes que casi habíamos olvidado que existían o de las que nunca habíamos oído hablar y que están empezando a recorrer su camino hacia la historia a través de los titulares de los periódicos del Oeste.

No es sólo el problema del Imperio Soviético lo que hace que nuestros asuntos en este pequeño cabo del oeste del continente Euroasiático parezcan pequeños. A comienzos de este año viajando por Chihuahua, en Méjico, tuve una impresión súbita, viviente, casi real, de cómo un país relativamente poco poblado como España, parecía, comparándolo con Méjico, casi una Suiza.

Por primera vez es en Latinoamérica hoy cuando se están escribiendo las grandes novelas y se están creando las mejores pinturas y la gran arquitectura moderna y también los actos de heroísmo. No hace falta pertenecer a la nueva Derecha, seguramente, para ver o entender la decisión de Mario Vargas Llosa al pretender la presidencia del Perú en un gesto heroico.

Lo que yo sé de la moderna poesía en Europa es verdaderamente poco, pero no conozco ningún país europeo en que ningún poeta haya alcanzado la categoría de Octavio Paz, en Méjico. Aquí en Europa intentamos evitar la destrucción de viejos monumentos, restauramos antiguos palacios, luchamos, al igual que nuestro querido príncipe Carlos, contra la horripilante nueva arquitectura, y nuestras pantallas de TV se llenan de versiones, excelentes a su manera, de novelas del siglo XIX, estamos mirando hacia atrás, no hacia adelante.

Más aún, aunque podemos, en este cabo de Europa, conseguir muchas cosas trabajando juntos, muchos de los grandes problemas de nuestro tiempo no son estrictamente continentales sino mucho más globales. De la gasolina que con nuestros viajes superfluos a lo largo de las autopistas lanzamos a la atmósfera que respiramos, de las drogas y enfermedades a las que tememos, de las decisiones importantes que se toman en el Oriente Medio, de la manufactura de la cocaína en Colombia, del sida nacido en África, incluso de la lluvia en las selvas del Brasil, donde la atmósfera de la tierra puede abrirse, no tenemos suficiente poder para intervenir.

A diferencia de estos países situados en el ojo de la tormenta, Europa aparece como una encantadora abuelita llena de buenas intenciones pero carente de poder para alterar las cosas en un sentido u otro. Una de mis lecturas favoritas de poesía se encuentra en "Le Bateau Ivre" de Rimbaud, cuando él obliga a su barco borracho decir que, igual que Ulises, lamenta la "Europa de las viejas murallas". La realidad es, sin duda, que son realmente viejas.

Hace tres años, en ocasión de una conferencia que pronuncié en Palma de Mallorca sobre el tema de la necesidad de un patriotismo Europeo, uno de los profesores a quien conocí a la hora de comer —un hombre que había abandonado un buen empleo en Madrid para vivir en Mallorca, con el fin de poderse bañar diariamente en el Mediterráneo— me dijo en el restaurante, algo desilusionado y mirando el mar del verano: "Bien, puede que Vd. tenga razón, pero yo tengo la sensación de que de todo esto no veremos nada, Europa tuvo la oportunidad en el siglo XVIII mientras nos estábamos matando unos a otros, en batallas navales en el Caribe. Aquéllos fueron los días de la grandeza de Europa, ahora, únicamente, cuando ya no nos queda energía creativa, nos hemos convertido en socios".

Existe, además, el hecho de que siempre que se escribe en la prensa sobre Europa leemos temas relacionados con pequeñas discusiones, humillantes, sobre el tamaño de los tomates, la forma de los rába-

nos o el coste de los huevos. Nos falta nobleza a la hora de enfrentarnos a la construcción de la empresa conocida como unión Europea.

El lenguaje de Bruselas no es el mismo lenguaje que el de Goethe o el de Cervantes. El lenguaje de la Comunidad Europea es realmente el lenguaje de una sociedad muerta, o de funcionarios decadentes a los que no les importa ser incomprendidos, incluso por gente inteligente.

La mayoría de los grandes movimientos políticos del pasado guardaban una cierta relación con los movimientos artísticos. La prosa de Mazzini y las óperas de Verdi fueron motores básicos detrás de las ideas de la reunificación italiana. Goethe y Beethoven prepararon el camino de la reunificación de Alemania en la mente de hombres y mujeres de cultura media.

Incluso podría llegar a decirse que las novelas de Henry James y de Hemingway contribuyeron a demostrar a los propios norteamericanos la unidad de la comunidad del Atlántico Norte, a pesar de que las altas esferas de Bruselas no recuerden quien es Henry James. ¿Dónde están, pues, los grandes novelistas, poetas, pintores o músicos que inspiran a los modernos europeos a ser europeos? Aquí no se ve a ninguno.

No me importa, yo voy a hablar de Europa. En primer lugar porque, aunque podemos sentirnos desilusionados por el lenguaje de la nueva Europa o de su burocracia, la palabra Europa representa una herencia, una colección de recuerdos históricos y artísticos que, por lo menos desde el siglo XVI, ha ido dictando el movimiento hacia adelante de la humanidad.

En segundo lugar, porque a pesar de que nuestros acontecimientos puedan parecer poco importantes a la mayor parte del mundo, el futuro de Europa es fundamental para todos nosotros.

Aquí estamos, Españoles y Británicos, Catalanes y Galeses, Franceses y Alemanes, en esta extraña asociación de naciones conocida como Comunidad Europea.

Algo importante ha sido iniciado aquí, y ni nosotros los británicos ni ustedes los catalanes y españoles estábamos presentes cuando empezó. ¡Lástima! pero consciente y deliberadamente (y en nuestro caso, los británicos) después de mucho meditar en nuestros corazones, decidimos solicitar ser miembros.

Incluso por nuestro propio egoísmo y en nuestro propio beneficio tenemos que hacer que ello sea un éxito. Demasiado se ha invertido en ello para que fracase. De ocurrir así esto sería motivo de desesperación, además de un descrédito de dimensiones impredecibles.

Quizás, después de todo, no importe demasiado que sigamos mi-

rando al pasado. Marx fué uno de los que dijo que las grandes revoluciones habían sido inspiradas casi siempre sobre una visión del pasado, incluso si esa visión tenía poco que ver con la realidad; los anarcosindicalistas en España por ejemplo, intentaron vivir otra vez en pequeñas comunidades, antes de que este movimiento fuera reprimido por el Estado. Similarmente en Europa podemos mirar esta empresa, globalmente, como un intento de revivir la idea del Imperio Romano pero bajo bases democráticas y federales.

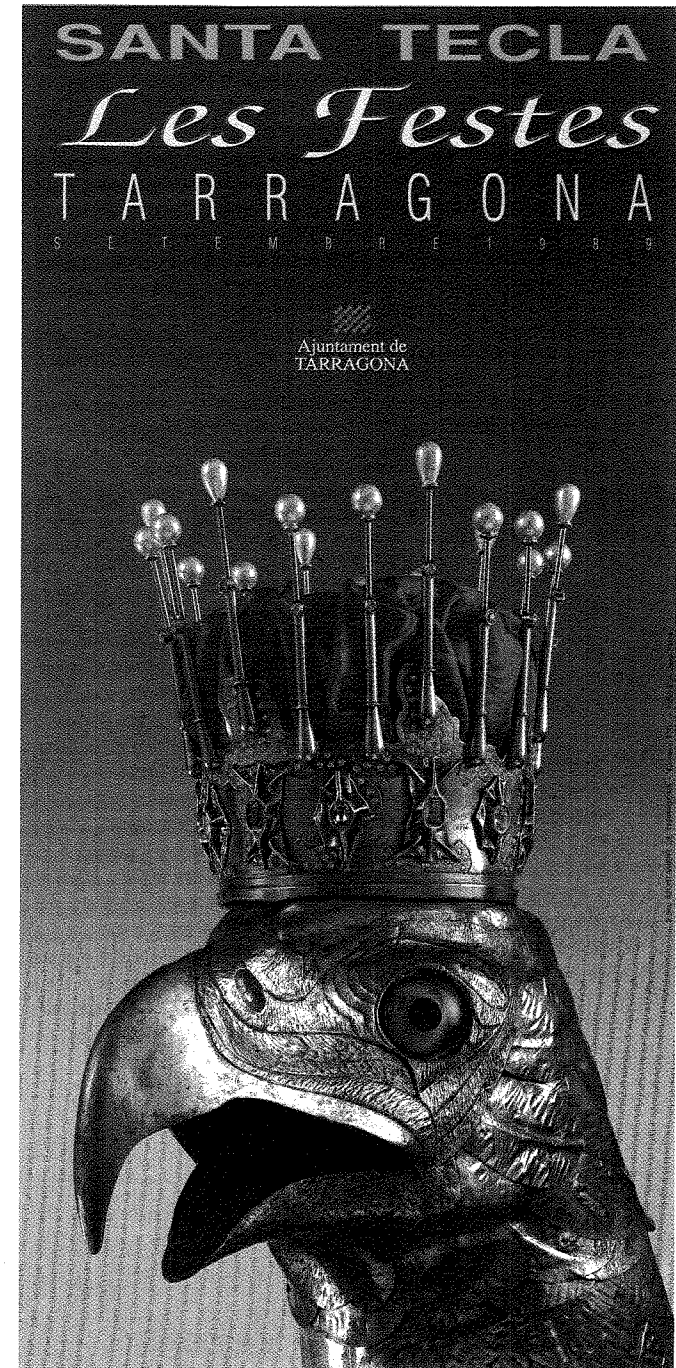
Ustedes pueden haber pensado que no hay razón suficiente para hablar de desesperación, sino que, al contrario, nos estamos moviendo paso a paso hacia la consecución del Mercado Único en 1992; que el proyecto de la unión económica y monetaria ya ha empezado, que, en Madrid, gracias a la hábil diplomacia de Felipe González, incluso los recelosos ingleses hemos decidido, con ciertas reservas, apoyar inicialmente la idea, y que proyectos tales como la ley de sociedades mercantiles europeas y la de política del transporte europeo están ya a la vista. No hay duda que la actividad que se ve es mucha, que hay mucha vida.

Ello es cierto. Pero la idea de Europa presenta más dificultades de lo que a primera vista parece. Primero, porque en algunos países surge el problema de la soberanía. Ello es así en la Gran Bretaña de hoy, pero podría ocurrir también en Alemania. La aparición de unos nuevos derechos nacionalistas en Alemania está relacionado con este tema.

En determinadas circunstancias esto podría llegar a ser un problema en España también y, dependiendo de los acontecimientos, también en Francia, de nuevo, en donde este problema fué el factor determinante por el que De Gaulle buscó acercamiento a la Europa de los sesenta. En los estados más pequeños el problema es menor toda vez que el estado pequeño sabe muy bien que las promesas de libertad con soberanía estan, en la práctica, siempre muy limitadas.

Cada nación europea se va adaptando de manera diferente al reto de lo que está, ahora, después de muchos años, empezando a aparecer como un verdadero intento para llevar a esta integración europea hacia una asociación política permanente.

Los pequeños estados pueden estar, sin duda, contentos. El futuro ha de darles la oportunidad de influir sobre un escenario mucho mayor del que hubiera parecido posible a sus antecesores. Para Italia y Alemania este nuevo paso hacia la integración marca la culminación de una historia en la que, con la excepción de un corto período de tiempo, en el siglo XX, su identidad nacional nunca fue muy fuerte. Este corto pe-



río se asocia siempre a la tragedia y al fracaso de las eras fascista y nazi.

Ambos países, por distintas razones, han esperado siempre ser parte de algo mayor: Alemania por su pasado histórico que la une no sólo con la Alemania del Este sino también con Austria, y con todos los países de la Europa del Este en los que, en el pasado, existieron importantes minorías alemanas (y donde Alemania siente hoy tentaciones extraordinarias); Italia por su historia imperial, el Renacimiento y la historia del Papado.

Podemos distinguir claramente en la Comunidad Europea tres naciones con una fuerte identidad nacional: Reino Unido, Francia y España.

Decir que estas tres naciones tienen una fuerte identidad nacional no basta. Éstas —nosotros— inventaron la idea de nación. Las fuertes instituciones nacionales creadas en los siglos XVI y XVII fueron las innovaciones políticas más importantes de la joven Europa moderna. Con los Primeros Ministros (creo que Olivares fué el primero que así fué llamado), sus gabinetes, sus secretarios de estado o ministros, sus aspiraciones (no siempre logradas) de centralización de impuestos, su rechazo general a las ideas italiana y alemana de ciudades libres, fueron el modelo para las otras naciones del mundo hasta el final de la segunda guerra mundial.

Francia se mostró en la época de De Gaulle poco dispuesta a la idea europea. Hoy Francia es la más entusiasta, la más decidida y la más enérgica de todos los estados europeos. Los discursos de sus líderes nos convencen de que buscan la unión política que se ha de transformar en Nación Europea.

He oído hace pocos meses, concretamente el 19 de mayo, al Sr. Rocard, al término de un coloquio sobre la Revolución Francesa decir: "et si nous parvenons un jour, comme je le souhaite ardemment, a batir une nation européenne, nul ne soit précisément ce qu'elle ne sera". Después añadió: "Mais on peut préjuger ce qu'elle ne sera pas; ce ne sera pas une monarchie". Espero que esto no desengañe a demasiada gente.

Más tarde, en aquella conferencia el Sr. Rocard dejó bien claro que le gustaría que Europa fuera algo distinto a una simple nación. "Si nous voulions bâtir une Europe qui soit une superpuissance, ce n'est pas par qu'elle soit la troisième, la seconde ou la première des superpuissance qui agisse décidément au service de l'humanité".

Muchos de nosotros hemos oído con anterioridad expresiones parecidas de nuestros amigos franceses. Yo recuerdo, por ejemplo, en la

novela de Henry James sobre los anarquistas londinenses del siglo XIX, como un emigrante francés, impresor, dijo lo mismo pero al revés: "Si yo sufro estoy convencido que sufro por la humanidad que sufre, pero también estoy convencido que sufro por Francia".

Yo soy uno de los ingleses que ha compartido siempre las esperanzas del Sr. Rocard sobre la idea de la Unidad Europea —somos muchos más de lo que parece—. Al igual que el Sr. Rocard yo me he visto siempre como "europeo por cultura, por interés en la eficiencia y por élan".

En el mismo sentido, pero, tengo una o dos preocupaciones tácticas. La primera de todas, algunos de los países de Europa no están suficientemente preparados para renunciar a su soberanía, indispensable para que la Comunidad sea un éxito.

El Tratado de Roma dice además, en su primera cláusula, de la conveniencia de "unión siempre más estrecha" una frase que sin duda, podría ser más precisa, pero cuyo significado es obvio.

No parece ser que hoy España se sienta en peligro de perder su identidad nacional por lo que está ocurriendo. Por lo que yo puedo ver, no se discute aquí sobre estos problemas. Quizás se deba esto a la idea de colaboración sobre bases permanentes con otros países, en una asociación hecha a la medida, que estimula por ser una innovación después de los 40 años de guerra civil y de franquismo.

Quizás también porque la contribución que España podría aportar a los asuntos europeos no pudiera ser llevada a cabo con anterioridad.

Estoy pensando en el Reino Unido como el país que ahora está más preocupado en preservar su soberanía, pero podría haber otros: Dinamarca, quizás Grecia. Por lo que el tiempo que yo emplee discutiendo sobre Gran Bretaña ahora puede ser importante para el resto de la Comunidad. He hablado de España en Inglaterra muchas veces. No veo razón por la que ahora no pueda hablar durante unos momentos de Gran Bretaña en España. A pesar de que lo que yo diga no tenga importancia inmediata, la historia instruye por sí misma.

El Consejo de Ministros de Gran Bretaña, sin duda, habrá leído la frase sobre una "unión cada vez más estrecha" cuando solicitó formalmente el acceso al tratado, en 1961. Después de todo es la primera frase del preámbulo del Tratado. Recordemos el famoso pasaje en el siglo XIX, cuando la mitad de los Ministros del Consejo estaban durmiendo, que el Primer Ministro Lord Palmerston forzó una votación para aliarse o no con Rusia para la guerra. Estoy seguro que hoy no podría ocurrir.

Existe además la declaración solemne de Stuttgart en 1903, en la

que también se afirmaba concretamente que los jefes de Gobierno de la Comunidad (que sin duda excluía a Gran Bretaña) estaban “decididos a continuar el trabajo empezado sobre las bases del Tratado de París y de Roma, y crear la Europa Unida”. Más recientemente todavía, el Acta Europea Única de 1986, momento en que España ya era miembro de la Comunidad, habla de los estados de miembro que tienen la voluntad de transformar las relaciones entre todos sus estados para llegar a una unión”.

Podrían pensar ustedes que esto acabaría el tema, especialmente porque en ambos Tratados, así como también en gran cantidad de otros documentos que constituyen lo que se conoce como *Acquis* de la Comunidad (por el que los nuevos miembros acuerdan formalmente estar obligados), también especifican muchas actividades sociales, políticas y otras que conducen a la unión de Europa en lo que respecta a asuntos que no pueden ser mirados como estrictamente económicos.

En Gran Bretaña, además, existe el hecho de que el Partido Conservador, ahora en el poder, ha sido siempre “el partido de Europa”, y orgulloso de haberlo sido. Esta fué una de las razones por las que yo me afilié a él en 1975 —momento en el que el Partido Laborista era bien poco nacionalista—. En el primer manifiesto electoral, con el que ganó las elecciones de 1987, los conservadores manifestaban explícitamente que “este Gobierno ha llevado a Gran Bretaña de las vías muertas a las vías de gran circulación de Europa”: la mezcla de la metáfora del tren con la de un río podría (pienso) haber indicado una duda más profunda. El cuadro de una locomotora de un tren británico irrumpiendo en la “corriente principal europea” no significa la aceptación absoluta. No importa, el mensaje fué intencionadamente sencillo como para ser firme.

Existen todavía dudas en Gran Bretaña sobre la idea de la integración, dirigida no solamente durante este otoño por la presidencia francesa de la Comunidad, sino también durante los próximos años, hasta 1992 y más. En política esto sucede con frecuencia: se convence a bastantes del fundamento de algo, ellos lo aceptan totalmente pero sólo son la cabeza. La dificultad consiste en que la gente aplique el principio que ha aceptado. Entonces aparecen toda clase de viejas pasiones y temores. Esto parece que es lo que está sucediendo entre Gran Bretaña y Europa.

Estas dudas pueden encontrarse en todo el país, tanto entre los intelectuales como los que no lo son, entre los jóvenes como entre los mayores, entre los pobres como entre los ricos.



La indecisión viene del sentimiento general de que Gran Bretaña es una isla, cuya conexión con Europa, desde la caída del Imperio Romano, o en cualquier caso desde la Reforma, había sido la desconfianza, si no la guerra, con los poderes continentales.

Es oportuno hacer notar a mi gente que, por ejemplo, la mitad de las obras de Shakespeare se plantean, teóricamente por lo menos, en el continente, que incluso las piedras de nuestra Catedral Primada de Canterbury fueron traídas de Francia, como también llegó de Francia el verdugo que cortó la cabeza de Ana Bolena.

La resistencia de nuestro Gobierno a aceptar completamente el sistema monetario europeo está basada, en parte por lo menos, en argumentos económicos de gran complejidad, también en parte, bastante razonablemente, porque el Gobierno cree que en 1990 existirá una situación nueva una vez los estados de la Comunidad hayan acordado hacer sus monedas convertibles, no sólo las alemanas y británicas, como es el caso en el presente.

Nuestra resistencia reside también (sospecho) en el sentimiento que la unión al sistema monetario europeo significa comprometer irremisiblemente al país a lo que parece una serie permanente de modificaciones que han de concluir a una moneda común y a un banco central común y, consiguientemente, llegar al final de la independencia nacional.

El final de esa independencia *pur et dur*, como dirían los franceses, estaba insinuada en los tratados que ya he mencionado. Pero existía una resistencia nacional a afrontar la realidad, o su magnitud, del compromiso europeo. Muy pocos habían pensado que lo que saldría de Europa podría ser importante. Existían otras preocupaciones más apremiantes. La mayoría, al principio de los ochenta, supusieron que "Europa" existiría sólo como una unión aduanera con unos pocos adornos. Se ha demostrado que esto no es así.

Es posible pues, que se produzca en Gran Bretaña un largo debate sobre nuestras relaciones con Europa. Se ha sugerido, incluso, que una vez la Comunidad ha enseñado el camino que, por fin, ha empezado a seguir, deberíamos, intencionadamente, buscarnos una posición de segundo rango, abandonar cualquier intento de influir sobre el futuro de la Comunidad, establecer la postura sobre lo que acabo de decir hace pocos minutos (pero que ha sido claramente recusado en el manifiesto electoral conservador), y revivir, para nosotros mismos y para todos aquellos países que quieran unirse a nosotros, alguna nueva versión de la vieja área europea de libre comercio, de la que nosotros simplemente

nos beneficiaríamos de las ventajas del mercado de Europa aunque nos apartara absolutamente de todo proyecto político y social.

Tal política podría resultar, aunque legalmente (considerando la aplicación directa que la legislación europea ha tenido ya hasta ahora durante quince años desde que nos hicimos miembros en 1973), sería muy difícil.

Puede ocurrir sin embargo, que los franceses nos empujaran hacia una posición en la que básicamente dependeríamos de una Europa dominada por Francia, sin tener capacidad para influirla. El Sr. Mitterrand conseguiría así ni lo que Luís XIV ni Napoleón, ni el propio General De Gaulle lograron: Gran Bretaña nominalmente independiente pero económicamente dependiente del continente.

Yo creo realmente que el Sr. Mitterrand es anglófilo y que no permitiría que nosotros nos suicidáramos de esta manera; la mayoría de franceses con visión de futuro (como es él), que a fin de cuentas Gran Bretaña es también parte de Europa. Ni yo creo que Gran Bretaña podría contemplar seriamente una postura del tipo que acabo de indicar. Sería mucho mejor abandonar Europa por completo.

Personalmente creo que Gran Bretaña debería buscar una política distinta. Deberíamos tragarnos nuestro orgullo. Deberíamos reconocer en los argumentos nacionalistas que ahora empiezan a salir de nuevo a la superficie (y que desde luego el Gobierno no puede ignorar totalmente), han sido todos discutidos "ad nauseam" por la última generación y que de hecho se han resuelto: nosotros nos hemos entregado a la Unión. Hemos hecho un Referendum sobre este tema. Los documentos están ahí. Las firmas de los políticos británicos están ahí. La Unión debe significar algo similar a lo que dice y da significado el Sr. Rocard.

Nosotros los británicos debemos ahora volver nuestra atención a otros temas. Deberíamos agarrarnos a esta oportunidad y mirar a la Comunidad, como miembros de ella, como la oportunidad para una gran aventura.

Aquí terminan mis disquisiciones sobre Gran Bretaña y su soberanía. Por todo ello yo deseo añadir que va a afectar a Cataluña tanto como a cualquier otro miembro de la Comunidad.

El Sr. Rocard en su conferencia del último mes de mayo, que yo he citado y por la que yo tengo que decir fui inspirado —piense, "je suis un européen par élan"— decía específicamente el Sr. Rocard, que no sabía qué forma tendría la "nación" europea del futuro. Intentemos sugerirle algo.

Lo que realmente queremos —y en este momento sospecho que británicos y españoles podríamos ser firmes aliados—, es una Europa de

diversidad auténtica: dentro del pacto de adhesión de la unión debería existir la máxima libertad de acción para las naciones constituyentes, al igual que para las olvidadas naciones dentro de los estados nación, Cataluña y Gales entre ellas.

¿No fué Eugenio d'Ors quien dijo "los españoles amaban el uniforme siempre que éste fuera multiforme"? Nadie desea que con las naciones europeas se repita el desierto asombroso de la ausencia de variedad que caracteriza tanto a los EE.UU. de América, hasta tal punto que uno de los personajes de la gran obra *El gesticulador* de Usigli, comenta de los norteamericanos: "para mí son como los chinos: todos iguales".

De las tres naciones de Estado que he indicado un poco antes que tienen el mayor sentido de identidad nacional en Europa hoy en día, Francia, España y Gran Bretaña, el fracaso en el establecimiento de interrelaciones adecuadas entre el centro y la periferia han ocasionado importantes problemas en dos de ellos: Gran Bretaña y España, además de algunos problemas últimamente en el tercero.

Cuesta trabajo contar el número de gobiernos que han caído en Gran Bretaña durante el último siglo a causa de políticas improcedentes respecto a Irlanda, y un gobierno —en 1979— cayó básicamente por el problema escocés.

Como todos los presentes en este salón conocen el desgraciado tratamiento por Madrid de este tema, en especial en relación con Cataluña, pero también con el País Vasco y hacia 1936, con Galicia, cada uno por diferentes motivos, contribuyeron a la tragedia de la España moderna entre los años 1930 y 1935. Realicemos o no el sueño del Sr. Rocard, y construyamos una "nación" europea, nadie puede desear repetir a nivel europeo los errores que los gobiernos nacionales centralistas han cometido en el pasado.

No hace mucho tiempo escuché un elocuente discurso del Sr. Jordi Pujol sobre el tema de la Europa de las Naciones. Me convenció por lo que dijo. Espero que ya habrá empezado a conseguirlo, quizás aliándose tácticamente con amigos tales como, realmente, son galeses, escoceses, bávaros y bretones.

Pero el Sr. Pujol debe insistir en que esta Europa de las Naciones tiene responsabilidades legislativas en el Parlamento Europeo. La Europa de las Naciones debe estar representada como tal en el Parlamento. ¿Porqué no puede existir una segunda Cámara en Estrasburgo, capaz de articular los deseos de las naciones que no han logrado ser tales, durante siglos como verdaderos Estados Nación, pero cuya supervivencia demuestra que poseen una remarcable capacidad de adaptación?

Esto me lleva a mi segundo punto básico: el democrático, los parlamentos nacionales se han mostrado comprensiblemente mal dispuestos a ceder poder al Parlamento de Estrasburgo. Instituciones monárquicas rara vez ceden poder. Tiene que ser robado. La consecuencia es que las directrices y regulaciones europeas no son suficientemente estudiadas. Los adversarios de la Comunidad Europea tienen un buen argumento cuando se quejan de que la legislación europea, una vez declarada como tal por la Corte Europea de Luxemburgo, es aplicada inmediatamente en los territorios de los estados miembros sin necesidad alguna de ser aceptada por los cuerpos legislativos nacionales, ni por la judicatura.

El único comentario que yo hago a los que critican Europa desde este ángulo es que la gente que así se queja suele ser generalmente la menos dispuesta a ceder el poder desde el Parlamento Nacional al Parlamento Europeo.

No me parece posible sugerir esta noche lo que debe hacerse, pero es evidente que algo debe hacerse. He oído últimamente al Sr. Regis Debray describir la Comunidad Europea como un nuevo Santo Imperio Romano, un conglomerado de estados sin un centro democrático. Esto ha de ser pronto remediado si el movimiento europeo ha de retener su propia dignidad.

Con respecto a la palabra que va a describir el objetivo de nuestros esfuerzos, "federación", no me preocupa demasiado. Pero ciertamente preocupa a bastantes. Recuerdo que en 1977, cuando las primeras elecciones después de la restauración de la monarquía, una persona distinguida —un español "of course"— a quien admiro mucho, me habló en Madrid de la conveniencia de la delegación de poder a las autonomías que ha ocurrido realmente. Entonces se paró y dijo: "pero no federalismo, esto sería peligroso". Estaba hablando naturalmente de la excesiva devolución del poder del Estado, tal como se había hecho en los 1870 cuando la primera República.

Pero también en Gran Bretaña esta palabra preocupa a la gente, aunque no por la misma razón: no porque sugiera una devolución excesiva de poder sino, por el contrario porque sugiere una entrega de soberanía a extranjeros. Palabras que son realmente iguales, no significan siempre lo mismo en lenguas distintas.

Un último punto: Cualquiera que sean los planes que hagamos dentro de la Comunidad de la Europa del Oeste, han de ser lo suficientemente flexibles para otros cambios significativos importantes que



puedan ocurrir un conjunto de solicitudes de entrada desde la Europa del Este.

El cambio puede venir de una manera solapada. Pero si los cambios que ya han ocurrido en estas Naciones durante los últimos doce meses son una guía de lo que sería un futuro, pueden ocurrir rápidamente, de forma más directa de lo que en este momento suponemos. Debemos dar a tales peticiones respuestas generosas. El tratado de Roma, el Acta Única Europea, afirman ambos que "cualquier Estado Europeo puede solicitar ser Miembro de la Comunidad".

Otra operación parecida puede hacerse con la mayor parte de las políticas de agricultura. Gran Bretaña y España no están en una posición demasiado buena para argumentar sobre estos problemas porque ninguno de los dos esta presente en la creación de la Comunidad. Inglaterra podía haber elegido estar pero no lo quiso. La estructura del aparato decisorio de Europa estuvo entonces influido por el hecho de que el cerebro gris detrás de la Comunidad en un inicio fué el Sr. Jean Monnet, quien antes había ya preparado el plan de modernización económica de Francia a finales de la década de los 40. La consecuencia fué que se notan muchas costumbres que los anglo-sajones educados en una tradición legal y económica diferente, desaprueban intensamente.

Ello es una consecuencia inevitable al unirse a un Club cuyas normas fueron escritas antes de que nos asociáramos. Pero, dado el principio de "subsidiariedad" al que me he referido anteriormente, esto no prueba, en el tiempo, ser un obstáculo imposible; y la reforma de la política agraria común ya ha comenzado.

En este discurso he dedicado demasiada poca atención a Tarragona. Su gran pasado romano, sin embargo, no necesita ser recordado por un visitante como yo. Su próspero presente habla por sí mismo. Su futuro como parte de la nueva Europa está obviamente asegurado, pase lo que pase en ciudades de mi isla como Dover. Quizás se haya olvidado sin embargo que Tarragona fué escenario durante la guerra de la Independencia, de una batalla entre ingleses y franceses, cuyo principal interés, como dijo Wellington, fué que "ambos lados huyeron"; tanto el general inglés Sir John Murray como el Comandante francés, el brutal Suchett. Yo espero que en esta ocasión, Sr. Alcalde, yo habré reparado la afrenta de mi compatriota en 1813 y que, aunque probablemente no habré ganado a los franceses en estas reflexiones sobre Europa, por lo menos no he huído.

HUGH THOMAS